

RELACION

DEL TERREMOTO QUE ASOLÓ LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE,

En los reinos del Perú, dispuesta por el Doctor frai Gaspar de Villaroel, Obispo de la misma ciudad, en carta al excmo. señor don García de Haro i Avellaneda, Conde de Castrillo, jentil hombre de la Cámara de su Majestad, de sus consejos, de Estado, Justicia i Cámara de Castilla, i Presidente en el Supremo de las Indias.

EXCELENTISIMO SEÑOR.

Repartió Dios entre los mas ilustres de sus Angeles, la tutela de las provincias; i a imitacion de Dios, nuestro católico Rei pone hombres, que juzga que son Angeles, para el presidio, i amparo de sus reinos. Ninguno tan rico, ni tan devoto al servicio de su dueño, como estos, que están tan distantes de todo el Orbe, que por lo apartado, i por lo crecido, se llama *Mundo nuevo*. Es U. E. el Angel que dichosamente por tutelar nos cupo. Igualmente le tocan nuestras medras, i nuestras desdichas: la de Santiago i sus términos, con un espantable terremoto es lo que a U. E. refiero. Procederé por sus grados en los sucesos, cuidándome mas de la verdad, que del aliño; porque una tragedia tan lastimosa, debe ser representada sin matices, ni cultura. Para mover pechos de bronce, busquen palabras los elocuentes; pero para U. E. que es Señor i padre, ántes habíamos de procurar dorarle el fracaso, por no lastimarle el pecho. Oiga U. E. con la piedad que acostumbra, en estos renglones que he escrito a un infeliz Prelado, a quien tantas veces benévolo escuchó en el púlpito, i pues que me hizo Obispo, atiéndame menesteroso.

A 13 de mayo de 1647, vispera de san Bonifacio, que ese dia lunes, no hubo santo en el Calendario, porque en su tan declarado castigo, no tuviese la desdicha que nos amenazaba, quien se encargase de

nuestra tutela, a las diez i media de la noche, medio cuarto mas, comenzó un temblor de tierra, tan sin prevencion, ni amenaza, que se arruinaron en un momento los edificios todos, sin que hubiese mas que un instante, que pudiese hacer continuacion entre el temblar i el caer. No se ha podido hasta hoi averiguar de donde vino el temblor; por algunos efectos se ha coleccionado que vino de la ciudad de Valdivia, i pasó por la Concepcion; i siendo igual en esta, i aquellas tierras el ruido, fué desigual el estrago. Los hombres ancianos juzgaron uniformemente en la Concepcion, que como fuese tomando fuerzas el elemento, que mueve tan grande máquina, iria tambien creciendo la ruina, i que desde luego daban por caido a Santiago. Sucedió así, porque vimos la desolacion de Jerusalem; i aunque la profesia, de que no quedaria piedra sobre piedra intimada por boca de Cristo Señor nuestro, no se cumplió, hasta el tiempo del Emperador Juliano, que en odio del cristianismo, i de Cristo nuestro Señor, quiso que se reedificase aquella santa ciudad; en esta de Santiago vimos en partes distintas, llena de una clara imitacion de aquella profesia; porque caidas las casas i los templos, se vieron casas, en que los cimientos, como si les hubieran fabricado minas, arrojaron las mismas piedras. Duró el temblor recio, con un admirable ruido, como medio cuarto de hora: oscurecióse el cielo, estando bien alta la luna, con

unas palpables tinieblas: ocasionáronlas el polvo, i unas densas nubes, poniendo tan grande horror en los hombres, que aun los mas cuerdos juzgaron que veian los preámbulos del juicio.

El ruido fué tan grande, al caer aquesta máquina, que el Padre Pedro Moyano, visitador de este Obispado, i cura de Aconcagua, con juramento afirma, que le oyó en la cordillera. Es la cordillera, lo quellan Cierra nevada, distante de esta ciudad quince leguas; i dice, que no fué vago el ruido, sinó que conoció con evidencia, que fué caer la ciudad de Santiago. I porque no quiero molestar a U. E. con los casos particulares de esta tan jeneral desdicha, no pudiéndome hurtar a la obligacion de los que no se pueden omitir, quiero significarlos en diferentes capítulos; para que cuando U. E. se sirviere leerlos, tenga tambien sus treguas la lectura,

TEMPLOS.

El de la Catedral es obra tan prima, i de tan excelente fábrica, que aunque hai otras mas sumptuosas, no hai en las Indias otra que se le pueda igualar, en los términos de arquitectura. Tiene tres naves de piedra, i la del medio, de unos arcos hechos en forma tal que solo ellos se pudieron oponer a tan horrible temblor. Quedaron todos en pié, i como no desmintieron un punto, sustentaron todo el enmaderamiento. Cayeron las dos naves: porque la pobreza de esta tierra, obligó a que se acabase de adobes. Faltaron sus estribos, o seis montes hechos a mano; rompiéronse las piedras, i como el temblor no las pudo desencajar, las hubo de partir: voló gran parte de ella como pudiera la bala en un cañon de crujía: una de hasta diez quintales de peso, cayó en medio del patio del Obispo, como si la tiraran a mano; falsió una tapia sin lastimar una teja, cayó un rico Sagrario, i haciéndose mil pedazos, enterró el Santísimo Sacramento. Sacóle con gran trabajo i peligro, el Doctor don Juan Ordóñez de Cárdenas, Cura Rector de la Catedral, hermano del Obispo, i Visitador Jeneral del Obispado. Cayó un precioso Tabernáculo del altar de san José que al lado del evangelio es el colateral, quedó hecho piezas menudas el retablo, i hallose entre las ruinas la imájen de talla entera del glorioso san José con el Niño Jesus, enteros, i

sin lesion; i ni en la valona, ni en el manto hallamos rastro de polvo. El retablo del lado izquierdo, era dedicado a san Antonio patron de este pueblo, por las inundaciones del rio, i su retablo todo pareció, no quebrado, sino molido, i movióse al caer con tamaño impulso, que voló del nicho casi veinte pasos. Sacámosle tan destrozado que ningun ensamblador le hallará remedio. Estaba una imájen de la Expectacion, como por coronacion del retablo, i con ser de tan alto la caída, i tener sobre sí gran suma de tierra, piedra i maderos, salió no solo sana; pero tan hermosa, que los que ántes la viéron la desconocian. Este mismo estrago padecieron las Capillas todas las de la Iglesia, i entre ellas la de don Francisco de Ovalle, en que puso un santo crucifijo de talla entera, i de cabal estatura, traído de Lima con grande trabajo i costa. Sacóse en cien pedazos al octavo dia. Las filas del Coro quedaron desencajadas, i solo la Episcopal, con sus gradas, i sitio letese halla en pié, i sin lesion. La sacristia, que edificué desde sus fundamentos, despedida la teja toda, i mucha de la madera se rajó por mil partes; cayendo algunas pinturas, que traje yo de Lima, i parte de ellas salió hecha pedazos, causando aqueste estrago los maderos. En conclusion valió la pérdida de aqueste templo, mas de treinta mil ducados, i lo que queda en pie, no se podrá obrar con cuarenta mil. Derribó el órgano el temblor, arrancando de cuajo su tribuna, i tiene sobre sí tanto de las ruinas, que habiéndose pasado casi un mes, no se ha descubierto una flauta. Valdria tres mil ducados, porque era el mejor del pueblo. Sacáronse enteros los sagrados bultos de nuestra Señora de la Victoria, i de san Pedro, que estaban en el altar mayor: i Santiago patron de esta ciudad sin la mano derecha, que no se ha podido hallar hasta hoy; como dando a entender, que aunque es nuestro tutelar, no tuvo mano para defendernos; porque los santos no siempre son poderosos para detener los castigos.

El templo de Santa Ana, principal parroquia de esta ciudad, edificio nuevo; bien labrado, con un rico tabernáculo, cayó todo, sin que en las imájenes, i retablos, haya cosa de provecho.

San Saturnino, a quien por los temblores eligió por patron esta Ciudad, tiene una glesia mui antigua, i de corta arquitectura, quedó entera, en fé de que hiciera el santo,

si lo mereciéramos, en nuestras casas, la proteccion que hizo en la que era suya. Traje de Lima una imagen suya de talla entera, i teniéndola depositada en mi sacristia, en el inter que se le acababa un retablo que mandé hacer con limosnas mías i ajenas, cayendo una gran pared, el mojinetede la testera principal, rasgándose dos imágenes de Cristo nuestro Señor, quedó ilessa la del santo, con dos golpes tan grandes de dos vigas en brazo i mano, que quedando el tafetan en que estaba envuelto, hecho una hiesca, i en dos heridas pequeñas parte de la seda ya molida cayendo en un dedo la una, no se lo derribó; milagro, en que tenemos entendido, que para lo poco que nos queda en pié, i para lo que habemos de edificar, no nos faltará su favor. Cayó la caja del dorador sobre su retablo, i llenándose de tierra, habiendo sobrevenido dos grandes aguaceros, salió tan encendido i tan bruñido el oro, como si no le hubieran tocado ni el polvo ni el aguacero. Con que creemos, que no desprecia esta tierra, pues cuando huyen los vecinos de sus casas no desampara el santo la suya.

Las demas parroquias de la ciudad, las semiparroquias del partido todo de Santiago, quedaron arrasadas, que son muchas, i el seminario de esta iglesia corrió la misma fortuna:

MONASTERIOS.

El de Santo Domingo estaba acabado, con una ilustre iglesia i un claustro nuevo, quedó todo tan asolado, que no ha habido una celda sola, en que poder recojer un religioso. Tenia la iglesia quince capillas, perdiéronse todas; i una escalera, que las del escorial pareciera bien. Montará la pérdida de doscientos mil ducados.

San Francisco era mucho mayor convento, con una admirable Iglesia, i dos excelentes clautros: muchas, i mui buenas celdas, i gran número de oficinas, tenía una torre, la mejor, i la mas fuerte de las Indias, desbaratólo todo la ruina, i de la torre derribó un excelente coro, con una mui costosa sillería. Estaba en él a aquella hora en oracion un santo religioso lego, oprimióle la ruina; i sacándole veinte dias despues, hallaron sus miembros tratables, fresca la sangre, sin rastro de corrupcion, antes oliendo bien. Su buena vida, i el santo ejercicio en que estaba, i un áspero

silicio, que le hallaron en el cuerpo, son claros indicios, de que desde el coro fué trasladado al cielo. Apréciase la pérdida del monasterio en treinta mil ducados.

San Agustin ha sesenta años, que está edificando un suntuoso templo, todo él de cal i canto: estaba acabado el edificio de la nave principal, porque tenía tres: estaban levantadas dos bóvedas; i para la perfeccion cabal, se comenzaba todo a cubrir. En la nave del Evangelio, que estaba cubierta de obra gruesa, se celebraba. Cayó todo i lo que no ha caído, está en mucho peor andar, que lo que cayó, porque por mil partes abierta una tan grande máquina, no le sirve a los religiosos: sino de horror i espanto. Tienen estos padres un devotísimo crucifijo, fabricado por milagro, porque sin ser ensamblador, le hizo ahora cuarenta años un santísimo religioso: estaba en el tabique, que cerraba un arco tan fácil de caer, que no tenía que obrar en el temblor, i caida la nave toda, quedó fijo en su cruz, sin que se lastimase el dosel. Halláronle con la corona de espinas en la garganta, como dando a entender, que le lastimaba una tan severa sentencia; i nos prometimos para lo que quedaba su grande misericordia. Conmovido el pueblo con su antigua devocion, i este reciente milagro, le trajimos en procesion a la plaza, viniendo descalzos el Obispo, i los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas, i universales jémidos. Las celdas no quedaron arruinadas todas; pero amenazando ruina. Están los religiosos todos en un cañon, o toldo hecho de cordellates, que aunque los defiende del agua, en saliendo el sol, les sirve de hoguera: valdria cien mil ducados lo perdido.

Los religiosos de nuestra Señora de las Mercedes, tenían una excelente Iglesia, i ricamente adornada; arruinóse toda, ménos la capilla mayor, que juzgan asegurada con nuevas tejas, de un rico tabernáculo nuevo. solo se movió S. Pedro Nolasco, que como si tuviera vital movimiento le hallaron en su nicho vuelto hácia nuestra Señora, como pidiéndole amparo para sus hijos. El claustro principal no estaba cubierto; cayeron todos los arcos, i con ellos lo restante del convento. No podrán con cien mil ducados ponerle en el estado en que lo tenían.

El colegio de la Compañía de Jesus, quedó asolado todo. Murió el padre Joseph de Cordova, mui humilde, i mui grande obreiro, Con el padre Antonio Feliz, lector de

teología, i mui lucido predicador, hizo un insigne milagro san Francisco Javier: cogióle debajo toda su celda, fué prodijioso el modo de sacarlo, i porque los padres para honra de Dios, i gloria de su santo, harán relacion del caso por estenso, no quiero gravar a U. Exc. refiriendo las circunstancias todas. La Iglesia de los pobres costaría cien mil ducados. Tenia la capilla mayor media naranja, de obra tan prima, fue en tan jeneral trasiego de edificios, la sustentaron los arcos. A grande costa tenían edificada una botica, que era el alivio de los pobres, i el socorro de su casa: perdiéronse tres mil ducados en ella en vasos, i en drogas. Hago mencion de esta sérdida, siendo las suyas tan considerables: porque quedan los pobres todos, sin reparo, i sin consuelo.

El Hospital del Beato Juan de Dios, reconoció su tutela en la enfermería: porque sola ella quedó, sana i los enfermos todos (aunque con susto) en sus camas sin peligro.

El insigne monasterio de la Concepcion de monjas de mi Padre san Agustin, que en santidad, i en número, con todas las de Europa podrian competir, entre criadas, i monjas encierra cuatrocientas almas. Tenia una excelente Iglesia, riquísimamente adornada; muchas i mui buenas celdas; costosas, i curiosas oficinas, juzgado de todo el reino por un jardin de Dios, no tuvo en este estrago inmunidad. Cayó el convento, i fuera dicha que cayera todo: porque como la jente es mucha, i el sitio pequeño, no puede darse paso sin peligro: i es caso prodijioso, que siendo tantas, solo peligró una esclavilla, que del polvo quedó ahogada. Era de cinco años, i habíasela yo dado dos meses antes a una sobrina mia. Fué la dicha de estas señoras embarazarles la turbacion, para no poder abrir tan presto sus dormitorios: porque cayeron unos corredores altos, i las puertas se abrieron por sí mismas, con el impulso del peso de lo caído, i salieron todas por sobre las ruinas, que sin duda las oprimieran, si salieran cuando lo deseaban. Habiéndose de derribar los dormitorios, es forzoso, que se fabrique todo el convento de nuevo, i para ponerse en el andar antiguo, será menester doscientos mil ducados. Dí licencia jeneral (porque estamos a las puertas del infierno) que entrasen cuantos quisiesen, como entrasen a hacerles chozas; están en ellas hoi, i vá-

mosle levantando las cercas. Es constante opinion de los confesores, que entre negras, indias, i monjas, en ninguna de todas sus confesiones se hallan fácilmente pecados veniales, con que talvez no hai en todo el monasterio materia de confesion. No dijera yo esto a U. Exc. aunque esta relacion hubiera de sepultarse en solo su secreto, sino fuera notorio en todo el reino, i ha sido necesario decirlo; por lo que quiero decir. Una monja, cuya virtud se descuella entre las demas, le dijo a la abadesa, cuando comenzó el temblor: no vé señora, en el cielo aquella espada; i un azote con tres ramales? Yo juzgo, señor excelentísimo, que la espada se movió contra los muertos, i está durando el azote, para los que quedamos vivos: porque son increíbles nuestros trabajos.

El monasterio de Santa Clara, a obediencia de los padres de San Francisco; tiene tantas, i tan humildes monjas, que para representar al vivo las del monasterio imperial de Madrid, no les falta sino ser descalzas. Eran mucho mas pobre que las mias, i aunque no perdieron tanto como ellas, siempre pierden mucho, el que lo pierde todo. Callóseles la Iglesia, i toda la casa. Viven en una laguna, porque se les llueve toda. Hánlas favoreciendo los religiosos que las gobiernan, atendiendo mas al amparo de ellas, que al reparo de su casa. Ha sido mucho, que las unas, i las otras se conserven en la clausura; porque no han faltado pareceres, para que las repartiésemos en las casas de sus padres. Consultáronme los religiosos el caso, i hallando, que no era lo que espresa el derecho, resolvimos con gran conformidad, i sujecion de ellas todas, que aun en aprieto tamaño, guardasen su encerramiento. Pásanlo con intolerable trabajo, pero la virtud que tienen, les hace tolerable lo que pasan; i para pasar las de Santa Clara, con lo que basta, para solo conservar la vida, es gasto forzoso el de cinquenta mil ducados, que en sus pocas fuerzas, i en las de los religiosos, en cuya mendicidad, aun el Obispo se halla hoi, quedan pocas esperanzas de poder ser favorecidas. Estas son las arras que da Dios a sus esposas, los trabajos, i la Cruz, que comenzaron en su Encarnacion.

LOS FRUTOS DEL TERREMOTO.

El primero de gran números de niños,

que llevó Dios a su Reino, i despues de este, es digno de ponderacion, que no pereció persona de cuenta, que no fuese de conocida virtud. Con que se deja estender la misericordia inmensa de Dios, que para reducir a los que le ofendemos, quitó las vidas a tantos amigos suyos. Confesábanse a voces, aun los mas cesudos. Del pueblo menudo se han casado hasta hoy mas de docientos, confederándose todos los enemigos; i fué la compuncion tan universal, i las demostraciones exteriores tales, que no sé que las de Ninive fuesen mayores. Pusimos en la plaza el Santísimo Sacramento, sin mas reparo que un pabellon de seda mio, que quedó en mi cama colgado, i pienso que fué él solo el que en todo esta tierra perdonó por entónces la ruina. Trajeron los padres de San Francisco, la imájen de nuestra Señora del Socorro, que ha hecho en esta ciudad muchos milagros. Viniéronse ozotando los religiosos, i de ellos un lego, haciendo actos de contrición, con tanto espíritu, i tambien formado, que yo como aprendiz en las escuelas de la devocion, iba repitiendo lo que decia él. Movié mucho al pueblo este espectáculo; i aunque creció el arrepentimiento, no pudo descrecer el susto porque temblara la tierra a cada rato, i aunque no temíamos que cayera, temíamos que nostragara, porque se abrieron en la plaza muchas grietas, i en los caminos tan hondos, que como conmovidos los abismos, rebosaron las sentinas, despidiendo aguas de mal olor, i grande suma de arena a diez, i doce leguas de la mar. En una caja de plata, vino el Santísimo Sacramento del convento de la Merced, porque estaba enterrado el de la Catedral, que como queda dicho, mi hermano le sacó despues: i el que estaba en el Sagrario de los curas, le sacó despues de algunos dias el Doctor don Pedro Lillo de la Barrera, que tambien es cura. Para lo uno, i para lo otro abrí yo camino; porque estando a la puerta un monte de lo que se habia arruinado, para poder pasar, i para asegurar el huir, si nos temblase otra vez; porque en veinte i tres dias habrá temblado setenta veces. Dejando la capa, i el sombrero, comencé a cargar palos, i piedras: hizo luego lo mismo el capitan don Antonio Chacon de Quiroga, alcalde ordinario, i cuantos se hallaron en la plaza a nuestro ejemplo. Pues en ella, la noche de que hablaba, cuarenta i cincuenta confesores, entre clérigos i

frailles; repartimos por las calles muchos para los enfermos, i heridos: di facultad a todos los sacerdotes simples; i siendo tantos, unos i otros, fueron las confesiones tantas, i tan repetidas, que embebimos la noche en ellas. I con estar yo herido en la cabeza, sin tomar la sangre, ni tener con que cubrirla, estando en cuerpo como salí; no dejé de confesar. Socorrióme despues el maestro de campo don Juan Rodulfo, con un lençezuelo; i no tuve otra medicina para mi llaga. Descubrí el Santísimo Sacramento, i anduve entre toda la jente con él, i a su asistencia crecian los jémidos, i las lágrimas: i a la presencia de este gran Señor, a quien obedecen los vientos, i los mares, se disolvieron las nuves; con cuya oscuridad, en el miserable pueblo crecian los sustos. Amaneciéronse llorando, i dando gritos, i en una capa de un criado mio, con algunas candeladas hechas de los maderos de las ruinas para templar el frío i viento de la cordillera, pasamos lo que de la noche quedaba, el Licenciado don Antonio Fernandes de Heredia, Oidor de esa Real Audiencia, i yo, repartidos los demas Oidores, para el socorro de los miserables. I atendiendo el dicho don Antonio desde allí a que se juntacen las compañías, i se sacasen las armas, porque los enemigos domésticos, no pescasen en rio turbio: i divisóse la importancia de aquella prevencion, en los justos recelos que se divisaron despues.

Llegado el dia catorce de mayo, se dijeron muchas misas, i comulgó grande número del pueblo; pero el temor cobró fuerzas, al anochecer: juntóse gran multitud, i fué tan grande el ruido, i la conmocion, que me sacaron de un toldo, que me armaron mis pájes en cementerios. Salí con ánimo de rogarle, que se recojiesen, si bien los miserable no tenían donde. Subiéronme en hombros sobre un bufete, en que estaba el santo Crucifijo de San Agustín, porque yo no podia moverme por mí mismo, por los golpes en mi entierro, de que haré relacion a U. Exc. aunque mi trabajo es lo que hoy menos importa. Alentóme Dios, i comencé a predicar; duraria como hora i media el sermon. I esforzó Dios la debilidad, de mi voz, i mi salud tan prodijiosamente, que me oyeron en todas partes. El Padre maestro Frai Bartolomé Lopez, de la orden de Santo Domingo, Provincial que a sido, afirma con juramento, que me oyó

desde el claustro: está casi tres cuadras de donde prediqué, dista cinco enteras de la plaza, la casa del Maestro de Campo don Nicolas Flores Lisperguer, i con el mismo juramento afirma, que le dijo un esclavo suyo, que el Obispo predicaba: Salió de una choza que hacia, oyó la voz con claridad, vínome a oír, i alcanzó los dos tercios del sermón. A poca menos distancia estaba don Francisco Cortes, don José de Guzman, i un hidalgo llamado Cabiedes, i oyeron mi voz tan distintamente, i tres absoluciones que hize a ausentes i presentes, de algunas excomuniones, en que yo pensaba, que este pueblo incurria, que afirman, que llegaba la voz tan clara, que a cada absolucion doblaban la rodilla. Viose una cosa hártamente memorable, que callaba a ratos yo, para dejarlos jimir, i callaban todos, en haciéndoles con la mano una señal, enfrenándose tanto el pueblo en tamaña turbación i conflicto con sola una señal de su pastor; i lo que es mas, todos se fueron al punto que se los mandé, ménos lo que gastaron en pedirme de uno, en uno la mano, i la bendición. I es la piedad de nuestro Dios, de tal tamaño, que por el consuelo de aquestos polvrecitos, en quien causaba devoción la sombra de la dignidad, siendo yo un pobre enfermiso, i que entre cien cortinas, no tenia a solo un soplo del aire resguardado alguno mi cabeza, habiéndome hecho sudar mucho el sermón, i la fatiga; gasté dos horas, espuesto a un récio viento de la cordillera, i sin que, ni entónce, ni ahora halla sentido un instante mis antiguos dolores de cabeza; i estoi con tan buena salud, como en lo mas robusto de mi edad, levantándome al amanecer, con un pardo, i viejo capoton, con un sombrero mui malo, los pies por el lodo, acudiendo a mis monjas, Iglesia, i seminario, llevando las limosnas que puedo, por mi misma persona a los arrabales de la ciudad, donde es la necesidad mayor.

En la audiencia real, demas de su piedad antigua, ha obrado sus efectos el terremoto; porque han nombrado un oidor de entre sí, de mucho celo i actividad; que es el Doctor don Nicolas Polanco de Santillana, de la orden de Santiago para que asista, i de calor a una Iglesia de madera; para trasladar la Catedral por ahora: i antes de edificar las casas reales, para hacer audiencia, nos ha dado las vigas, i las maderas de la caída, para depositar, en este cor-

to edificio el Santísimo Sacramento, estando ellos en lo que en España llaman chozas, i los indios ranchos.

Hoi cinco de junio, despues de consolar-nos mucho con sus cartas, el señor gobernador don Martin de Mujica, ha enviado un ayudante suyo con dos mil pesos de su hacienda, para que entre los pobres se repartan de limosna. Vienen tambien seis toldos, para recoger en ellos las monjas mas necesitadas: i dice el portador, que vendrá una buena cantidad de dinero de la hacienda de su Majestad que llegó con el firmado, para que tenga esta ciudad algun socorro, i quedando cobro a lo que tiene a su cargo vendrá en persona a ayudar, i favorecer esta tan jeneral desdicha. Habiéndose las trojes derribado, i despues llovido, i habiendo sucedido lo mismo en casi cien leguas, que corrió el temblor, desde Cauquenes hasta Limari, ha quedado perdido el pan; i para lo poco que ha quedado, no quedaron hornos, ni molinos. Con que aquesta limosna, llega a ser de grande importancia: porque es fuerza valgan mucho los pocos mantenimientos que han quedado.

PRODIGIOS EN EL TERREMOTO.

Los mas mentidos, los otros imaginados; siendo así, que el terremoto es un prodigio, i cada vida un milagro. Dijose, que poco ántes parió una india tres niños, i que el uno de ellos, predijo el fracaso. Que a un mayordomo le habló con rigor un crucifijo. Que el Santo Cristo de San Agustín, volvió tres veces el rostro. Que una india vió un globo de fuego, que entrando por la audiencia, salió por las casas del cabildo, i que comenzó a temblar, habiéndose desvanecido. Que en la cordillera se oyeron voces de los demonios, cajas, i trompetas, sonidos de alcabuces disparados, i como chocar dos ejércitos. Que tuve yo revelacion, de que Dios estaba ya desenojado, i que ya alzaba la mano del castigo. Orijinóse esta hablilla en el pueblo, de que les dije en el sermón, que ya Dios estaba aplacado, por su mucho arrepentimiento: i que le conocia, de que, aunque conferido el castigo con nuestro deméritos, era mui corto; conferido con lo que Dios acostumbraba, habia sido severo: i que ya habia afectuado Dios lo que pretendia, que era su compuncion, i sus lágrimas. Ménos fundamentos tuvieron los prodijios, que quedan referidos: porque

los averigué de uno en uno, i hallo que todos eran falsos. He querido sin embargo referir a U. Exc. porque si llegaren allá otras relaciones con ellos, tenga entendido, que todos son fabulosos.

Uno, si diré yo a U. Exc. que sucedió en mi casa. Yo traje de España una imájen de nuestra señora del Pópulo, que llamaban en Madrid la del milagro: porque cayendo un rayo en la celda del padre F. Martin Cornejo, prior del monasterio de Madrid de mi religion, le rodeó la moldura, dejándoselo ahumada, i sin lista de daño en ella: tenía-la en mi oratorio, solo dos dedos alta del altar, i arrimados a ella tres pequeños cajones de cristales, i dentro de ellos, san Francisco, san Juan, i la Magdalena, junto el ara, una cruz de tan débil pie, i tan alta ella, que se caía cada rato por sí misma, en el ara el cáliz, i la patena, i a vista de los criados mas, cayó del clavo, que como dije, distaba del altar dos dedos, i siendo natural quedarse en pie, dió un salto, i salvando todo lo referido, i sin caer de todo ello cosa alguna, cayó en la tierra la cabeza hácia el altar, i sin lesion. Quisimos ponerla donde estaba, sin tocar en el cáliz, cristales, i cruz i tres personas de pies, las dos sobre el altar, no pudimos volverla al clavo sin estorbo. Mis pájes, mi compañero, i mi hermano, teniendo el negocio por prodigio lo interpretaron a medida de su deseo que U. Exc. atendiendo a diez años de ervicio sin pleito, sin mal ejemplo, a los achaques que he contraído en estepais, sobre todo a su mucha piedad, me sacaba de este reino, que como digo a su majestad en mi carta que leerá U. Exc. no ha ser-do poco un obispo que llega a sobrevivir a su obispado, i que nos decia el caso que estamos de camino: pero yo que conozco mis pocas partes, i que he repartido entre pobres, lo que habia de gastar con mis agentes, juzgué que no tenia U. Exc. quien se lo acordase; i les dije a los referidos: no sea decirnos que se nos quiere echar a cues-tas este oratorio? Yo solia a aquella hora pa-sar mis cuentas, i rezar la corona a la Virgen Santisima, i por mis achaques, habia hecho un oratorio de invierno, en lugar mas reti-rado, así no estuve en el verano cuando el terremoto; i fué el primero que cayó en mi casa de todos sus edificios. Hallóse sana la imájen de nuestra Señora: pero fuera de su moldura. Esto no es parábola, señor exceleutísimo, ni hacerle a U. Exc. algun

recuerdo, pues para la piedad de su pe-cho, basta las desdichas que pasó. I en es-ta conformidad, juro por mi santa consa-gracion, sea o no sea milagro, que es cier-ta, i verdadera, la sustancia de lo refe-rido.

Quiero referir a U. Exc. un extraño caso de un caballero. Don Lorenzo de Moraga, fué un hombre de gran calidad, i por lo soldado, nadie se adelantó en este reino: era con eso mui buen cristiano. Dióle oca-sion un mulato, i azotóle; i aunque le cos-tó mucho dinero, el mulato era temeroso, i tendria de noble algun retazo; tuvo por afrentoso el suceso, i murió tres dias antes del terremoto. El capitan don Lorenzo les dijo al padre presentado Frai Luis de La-po, mi compañero, al capitan don Luis de las Cuevas, i al capitan Valentín de Córdo-ba, Corredor de Colchagua, padre de los pájes míos, el mismo dia del terremoto: di-cenme que Mateo (así se llamaba el mula-to) me ha citado para el Tribunal de Dios; i aunque confieso, conulgo mui a menudo, hoi confesé, i conulgué, por si acaso es cierta mi citacion. Tembló a la noche, i co-jiéndole en una torrecilla del capitan An-dres de Neira, viendo ya la casa caida, se arrojó por una ventana: cayó sobre él una viga, i le rempió la cabeza, sin que en to-da esta ciudad se vea otra sangre en la pa-red: quizá, diciéndonos, que a su cargo tie-ne Dios la tutela de los pequeños; que no nos dijo devalde el Redentor, que los ánje-les custodios de los pobres, están siempre viendo la cara de su padre; ántes quiso que entendiésemos, que era mui para temerse el lastimar a los pobres, teniendo en la corte de Dios unos procuradores tales.

LOS MUERTOS EN EL TEMBLOR.

Fueron en grande número: pero el cier-to, i fijo, aun no está hoi averiguado. Traían-lo en carreta de seis en seis, hubo casa donde murieron trece. Hice curas a todos los religiosos: porque no podian los curas con tantos entierros: hubo dia, que nos echaron diez en las ruinas de la Catedral; mandé a los curas, que en aprieto tan estra-ño, no hablasen de derechos, i paguen ellos de su bolsa el abrir las sepulturas; porque tantos cuerpos muertos, no infesta-sen a los vivos. Yo tengo una ramada sobre catorce de ellos, con harto temor, de que no habiendo podido, por la prisa, ahondarse

las sepulturas, o me han de apestar, o me han de desterrar el mal olor; i no tengo donde poderme ir, ni fuerzas para edificar, con constar los edificios de pajas i de palos. Dícese, que en los términos referidos, serán los difuntos seiscientos, algunos se alargan mas. La Real Audiencia ha mandado hacer la lista: claro está, que la remitirá a U. Exc.

Pudiera referir mil prodijios en todos los que escaparon: porque no hai persona viva en que Dios no mostrase su misericordia; pero sería cansarle a U. Exc. mucho, i no me han dado mas que dos dias de término, para este despacho, que aunque ya habia yo escrito, no tuve para la relacion alientos, i hoi que me he cobrado un poco, no he querido dejar a U. Exc. sin estas noticias: pero señfremos a solas dos personas, para acabar con ellas mi relacion. El Licenciado don Antonio de Heredia, Oidor de la Real Audiencia (es un caballero Manchego) digo su patria, por decir sus fuerzas, tiene un naranjo en el patio de su casa; ásióse a él, porque el movimiento de la tierra era tal, que no podia sustentarse en pie, i arrojóle el naranjo tres veces de sí, con tan extraña violencia, que lo desvió tres varas.

Mi suceso le refiero a U. Exc. por milagro: porque en el devotísimo, i santo pecho de U. Exc. tenga mejor lugar san Francisco Javier, juzgando, que con un tan devoto, le pago lo que le debo. Yo acababa de rezar mis Ave Marías, i adelanté este ejercicio media hora: mostrando Dios en esto su providencia; porque constando mi casa de treinta personas, i entre ellas de pajes, muchachos que por los rincones se quedan dormidos, i trabajamos para cenar en despertarlos; fué forzoso, que anticipándose el tiempo acostumbrado, los despertasen mas presto, que a hallarlos el temblor dormidos, perecieran todos. Al sentarme a cenar comenzó el temblor, salieron corriendo todos, fui yo mismo el último, i el penúltimo mi compañero, asíó de mí al pasar de un callejón, no solo con porfia sino como con desacato, i fué desacato tan dichoso, que por él he quedado vivo: porque Leonardo de Molina, un paje mio que fué el último que salió despues de quien yo habia de salir, por ser el paso mui angosto, entre el cual, i la sala habia un pequeño patiezuelo, al salir de ella, le rompió un madero la cabeza: i aunque no le derribó, le abrió una gran herida. Juntáronse en el

patio mis criados todos, cayeron los corredores, i el campanario, como hacia tan oscuro, sin saber donde estaban, se salvaron todos en tan corto espacio, que despues con luz aun no cabian en él, cayó sobre mí i sobre mi compañero, gran parte del edificio: a los primeros adobes caimos los dos en suelo, yo la cabeza en tanto hueco, que hizo un pedazo del umbral, cuanto faltó no para moverse sino para no quebrarse. Los adobes de la pared enfrente, se despedian, como si salieran de una bombardas con ellos, i los del callejón quedamos yo i mi compañero enterrados, sin oírseme otra palabra, que Javier donde está nuestra amistad? El paje criado, que referí, convocando los demas i arrancando la linterna de mi azaguan, vino a buscarme estando mi compañero i yo apenas podíamos respirar. El mas afectoso tiró del umbralejo, i si no le aviso me quita la vida, quitándome aquel reparo. Descargarónme la cabeza, i viéndome hasta el hombro fuera de la tierra, mandé que me dejasen así, i acudiesen a mi compañero, temiendo lo que sucedió despues que acabase de hacer, lo que perdonó el temblor sacarónnos medios muertos al patio, i nos trasladaron a la plaza, repitiendo el temblor con mayor fuerza; i allí comencé a obrar lo que he referido, i sin ponerme en cura ni haberme sangrado, aunque lleno de cardenales estoi ya bueno. Entréme el dia siguiente por mi sacristia, invocando a san Francisco Javier, i estando caída la mitad, i la otra amenazando saqué la plata toda de mi Iglesia, los ornamentos, pinturas, cajones, i alacenas; que valdrá toda doce mil ducados. Esto es, Excelentísimo señor, parte de lo que ha sucedido i de lo que hasta aquí se ha obrado: pongo a los piés de U. E. este miserable pueblo, suplicándole, que se sirva de ver lo que se hizo con Trujillo. i pues U. E. no gobernaba entónces estos Reinos, no permita, que adelantándose alguno en lo piadoso, se sienta hoi menos favorecido. Santiago. Guarde nuestro Señor a U. Exc. como puede, i le suplico, en Santiago de Chile 9, de Junio de 1647.

Excelentísimo señor.—Besa a U. Exc. la mano, su Capellan.—**FRAI GASPAR**, Obispo de Santiago de Chile.